



Capítulo 621: Quienquiera que lo elimine...

En algún lugar...

En una especie de sala de reuniones, el ambiente era pesado, casi reverencial, como si la atmósfera misma conociera la fuerza de los presentes.

Y, sin embargo, justo en el centro de la sala, sentada en el borde de un escalón como si fuera una acera cualquiera, había una mujer con el pelo blanco como la nieve que parecía brillar por sí solo.

Althea Vhalyn, la Bruja de las Llamas Blancas.



Tenía las piernas cruzadas, la barbilla apoyada en la mano y una expresión aburrida, como si toda la situación no fuera más que una demora en su vida. Su aura parpadeaba como el fuego, pero un fuego limpio, casi sagrado.

«Admiro su disposición a celebrar esta pequeña reunión», dijo con una voz tranquila que parecía ocultar dinamita. «Pero realmente no tengo tiempo para esto. Pasamos horas en ese evento con los dioses. Si te escondiste, es culpa tuya».

A su lado, sentada con elegancia, como si la sencilla silla fuera un trono, había una mujer con cabello dorado y ojos brumosos, como si hubiera nubes en ellos.

Martina Miradell: la bruja de las brumas doradas.



Cruzó las manos en su regazo, con una postura perfecta y una sonrisa tan suave como el humo.

«Sí. Tenías tiempo», respondió ella, observando a algunos de los presentes con una delicadeza tan afilada como una cuchilla.

El sonido de un gruñido bajo rompió la tensión.

Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y los músculos marcados como piedra gris, había un hombre que parecía una montaña con forma humana. Sus ojos plateados brillaban como cuchillas a la luz.

Marcos Lykron, el lobo de piel plateada.

«Cállate, bruja», replicó sin rodeos, sin florituras. «Viniste porque quisiste».



La mujer a su lado, con largo cabello grisáceo y una postura orgullosa, casi regia, levantó la barbilla y apoyó una mano en la cadera. Maya Wykes, la princesa de los hombres lobo.

—Sí —asintió ella con tono autoritario—. Viniste porque quisiste. No empieces con el drama, Althea.

Las dos brujas sonrieron. Las dos bestias apretaron los dientes. Parecía el comienzo de una guerra.

Entonces, la luz sobre ellos cambió.

Se volvió azul.



Luego dorada.

Y una voz cayó como un trueno.

«Me alegra ver a tanta gente reunida». El techo se abrió como si la sala respondiera a su presencia. Un hombre descendió lentamente, flotando con una naturalidad que en cualquier otra persona habría resultado arrogante, pero en él... era simplemente inevitable.

Cabello negro con mechones dorados. Ojos eléctricos. Y un aura tan intensa que hacía temblar los músculos de cualquiera que estuviera cerca.

Zafeus Hunnigam, hijo de Zeus y una humana. Bendecido por Atenea.



Cuando sus pies tocaron el suelo, el aire crepitó.

A su lado, emergiendo de la sombra proyectada en el suelo, había otro joven, guapo, con una postura tranquila y ojos verdes que parecían contener todas las historias del inframundo. Una tenue energía floral lo acompañaba, como un susurro de los campos de Asfódelos.

Zagreus, hijo de Hades y Perséfone. Bendecido por Ares.

Asintió con la cabeza perezosamente. «Solo quiero irme a casa», murmuró, claramente cansado. «Eso es todo. Termina lo que tengas que decir y déjame dormir».

Zapheus resopló, pero no lo contradijo. La sala quedó en silencio durante unos instantes.



Las puertas dobles del fondo vibraron como si algo las hubiera golpeado desde dentro. Luego, se abrieron lentamente.

El aire se enfrió. Mucho. Dos vampiros. O más bien, dos nuevos vampiros. Sí, algunos de los supervivientes de Alucard, que está intentando resurgir.

Las primeras en entrar fueron dos siluetas femeninas, que caminaban con pasos sincronizados, como sombras que habían aprendido a bailar siglos antes de que existiera la civilización.

Eleanor Dravenhart. La Soberana de la Noche Carmesí.

Su largo cabello liso y negro azabache le caía por la espalda. Su piel era pálida como la nieve bajo la luna. Sus ojos, de un rojo intenso, parecían mirar directamente al alma y decidir qué hacer con ella.

Cada paso era demasiado silencioso... como si no tocara el suelo.

Sonrió a los presentes. Hermosa. Aterradora. «Veo que el circo ha comenzado sin nosotros».

Su voz era aterciopelada... pero afilada como colmillos.

Calystra Von Maren. Devoradora de llamas de sangre.

A su lado, una mujer con el pelo blanco, recogido en una coleta alta, rezumaba pura arrogancia. Sus ojos dorados brillaban como si llevaran el poder del sol atrapado en ellos, algo muy raro entre los vampiros.



Calystra era más directa, con una postura militar y dominante.

«Espero que el torneo sea mejor que esta lamentable organización», comentó, cruzando los brazos.

Marcos, el Lobo de Piel Plateada, gruñó al instante.

Calystra solo sonrió, mostrando unos colmillos perfectos.

—Buen intento, perro.

El ambiente se volvió tan tenso que Zafeus tuvo que enviar una pequeña descarga eléctrica al aire para evitar que empezaran a pelear.



Las luces de la habitación se volvieron blancas, brillantes, puras.

Las runas del techo se iluminaron.

Y un coro lejano, suave, casi un recuerdo, llenó la habitación.

Dos figuras de luz atravesaron el techo como si no existiera, aterrizando sin esfuerzo en el suelo.

Azraelion, el portador de la lanza de Uriel.

Un hombre alto, con expresión seria y ojos blancos luminosos. Sus alas eran inmensas, cada pluma brillaba como fuego espiritual, pero sin calor destructivo, era un fuego que juzgaba.



Inclinó la cabeza formalmente, pero sin sonreír.

«¿A qué viene esta reunión?».

Seraphine Galadhris: la voz de Gabriel.

La segunda figura era todo lo contrario: ligera, elegante, con una larga melena dorada que flotaba como si aún hubiera viento celestial a su alrededor.

Sus ojos azules eran brillantes y gentiles... pero había en ellos algo inmenso, antiguo y demasiado perfecto para ser humano.

«Qué curioso, una reunión...», dijo con voz demasiado melodiosa. «Sin llamar a todos los participantes...», murmuró al ver que, efectivamente, ni siquiera la mitad de los competidores estaban allí.

La dulce sonrisa no ayudó en absoluto. Era más amenazante que cualquier gruñido de lobo.

Como si fuera una respuesta, las luces estallaron.

Literalmente.

La sala se sumió en la oscuridad por un momento, hasta que dos figuras emergieron de las sombras vivientes que aparecieron detrás de los vampiros.

Llegan dos ángeles caídos.



Los dos caminaban uno al lado del otro, con una postura que rezumaba poder prohibido, sensualidad natural y peligro absoluto.

Lysithea Voidheart: la exiliada de las llamas negras.

Cabello largo y ondulado, negro con reflejos rubí. Ojos violeta brillante, marcados con runas demoníacas y angelicales que delataban su antigua gloria.

Sus alas cortadas dejaban marcas luminiscentes en su espalda, hermosas y trágicas.

Sonrió irónicamente a Zafeus.

«Hola, pequeño rayo. ¿Sigues creyendo que eres el centro del universo?».

Zafeus murmuró algo como «Ni siquiera empieces».

Nyxara Myrrh: la elegante de la ruina.

A diferencia de su amiga, Nyxara estaba tranquila, en silencio. Tenía el pelo plateado, liso y le llegaba hasta la cintura. Sus ojos, de un azul casi transparente, tenían una belleza extraña y peligrosa. Cada palabra parecía planificada, cada movimiento demasiado elegante para ser natural.

Simplemente miraba a todos, evaluándolos, como si pudiera ver sus almas con un solo parpadeo.

«Interesante», murmuró. «Al menos no me aburriré».



La respiración colectiva de la sala parecía haberse detenido.

Lobos listos para saltar. Vampiros con los colmillos al descubierto. Brujas resplandecientes. Ángeles tensos. Caídos riéndose de la desgracia ajena.

Hasta que...

«... ¿Quién nos ha llamado?».

La pregunta vino de algún lugar.

Nadie sabía exactamente quién había hablado.

Quizás todos habían pensado lo mismo.

Azraelion levantó la barbilla y sus brillantes ojos analizaron el entorno.

—En efecto —dijo—. Esto no representa ni una décima parte de los competidores. No hay ninguna razón racional para una reunión incompleta.

Martina asintió suavemente. «Y cuando algo no tiene sentido...», sonrió, «... es porque alguien está manipulando la narrativa».

El aire se agitó.

No como el viento. Como algo que apartaba la realidad.

Las llamas de Althea temblaron.



Las nieblas doradas de Martina se tensaron.

Maya y Marcos mostraron los dientes.

Eleonor y Calystra se pusieron rígidas.

Lysithea parpadeó lentamente, casi interesada.

Nyxara ladeó la cabeza, como si reconociera un aroma antiguo.

Zafeus dibujó un rayo en la palma de su mano.

Zagreus... suspiró, renunciando ya a la paz.

Y entonces, la puerta que todos habían ignorado durante la reunión finalmente se abrió.



Entró una figura.

Pasos lentos.

Ropa oscura, pero bordada con símbolos tan antiguos que incluso los ángeles se conmovieron.

Un rostro cubierto por un velo transparente.



Un aura... imposible de identificar.

Ni demoníaca.

Ni angelical.

Ni divina.

Ni mortal.

Se hizo un silencio absoluto.

Y entonces, la voz, tranquila, fría, irresistiblemente firme. «Los he reunido».



La figura se acercó a la mesa.

Nadie se atrevió a acercarse.

«No os preocupéis por los ausentes. Se les informará. El propósito de esta reunión es... diferente».

Levantó la mano.

Toda la mesa se abrió como un mecanismo vivo.

Las runas se iluminaron.



La luz se elevó.

Y se formó un holograma mágico, enorme y perfectamente detallado.

La imagen giró.

E incluso antes de que se materializara por completo, algunos ya la reconocieron.

La luz tomó forma.

La figura ganó contornos.

Espada.

Ojos.

Presencia.

Vergil.

El aire pareció implosionar alrededor de la imagen.

Algunos contuvieron la respiración.

Otros sintieron un repentino escalofrío.



Los más orgullosos dieron un paso atrás, sin siquiera darse cuenta.

Zafeus apretó el puño.

Lysithea sonrió como si hubiera esperado exactamente eso.

Nyxara murmuró: «Ah... así que se trata de él».

La misteriosa figura declaró entonces:

«Ofrezco una tregua temporal».

Los presentes intercambiaron miradas confusas.

«Una alianza. Breve. Inestable. Pero necesaria».



La imagen del holograma se amplió.

Vergil en combate.

Vergil derrotando a sus enemigos.

Vergil destruyendo cosas.

Vergil matando a Dioniso.



«Hay un mal mayor creciendo detrás de este joven. Un mal al que ninguno de vosotros, por sí solo, puede enfrentarse».

Toda la sala se quedó paralizada.

Y entonces...

Se reveló la recompensa.

Con un simple gesto, la figura transformó el holograma. La imagen de Vergil se disolvió... Y en su lugar surgió una semilla dorada, palpitante, viva.

La Semilla del Árbol del Mundo.

Un mito. Una leyenda. Un artefacto por el que incluso los dioses lucharían.

«Quienquiera que lo elimine...», la voz sonó como una sentencia definitiva, «...recibirá una Semilla del Árbol del Mundo».